Lo sucedido en la "isladada" habría de interpretarse, en este caso concreto, como lógico efecto de la agitación de un espectáculo bárbaro, impropio de una nación civilizada.

1936-1978

ESCANDALOS TAURINOS EN LA PRIMAVERA ESPAÑOLA

EDUARDO DE GUZMAN

RANSCURRIDA desde su comienzo en medio de incesantes protestas, la famosa "isladada" madrileña —la feria taurina más importante del mundo— terminó en 1978 como el clásico ro- sario de la aurora. Aparte del abuso de una empresa que elevó los precios de las localidades muy por encima de los límites aconsejados por los pactos de la Moncloa, son varios los factores que contribuyen a este formidable escándalo tauró-maco. De un lado, los ganaderos que, achinado por el caro —pretenden liderar reyes carentes de las condiciones mínimas imprescindibles, tropiezan con la intransigencia de un público que harto de muchos años de tolerar en silencio engaños y fraude defiende sus legítimos derechos a voz en grillo y a veces se excida en su defensa. De otro, la autoridad que, en contraste con lo sucedido en temporadas preceden- tes, se muestra severa en la rigurosa aplicación de los preceptos reglamentarios, tiene que rechazar encierros enteros y chocar con los picadores cuando pretende que en el ejercicio de su profesión se ajusten a las normas legales. Consecuencia directa y obligada de todo ello ha sido la suspensión o aplaza- miento de diversos festivales; la detección —siquiera fuese por breves horas— de un puñado de diestros y una serie de alborotos que implican serias amenazas para el orden pú- blico (que si, por fortuna, no llegó a ser gravemente alterado en esta ocasión, bien pudiera serlo por las mismas causas en otras plazas en el curso de la presente temporada).

Nada de esto revestiría la menor importancia si como pretendían sus enemigos, la fiesta brava estuviera camino de una rápida desaparición, falta de todo arraigo popular en el último tercio del siglo XX. Lo suce- dido en la "isladada" habría de in- terpretarse, en ese caso concreto, como lógico efecto de la agitación de un espectáculo bárbaro, impropio de una nación civilizada. Ocurre, sin embargo, que contra lo que muchas pisan y dicen, los toros están en tan aguda decadencia, y de ahí la trascendencia que pueda tener cuanto con ellos se relaciona. La realidad —tan sorprendente que una mayoría de españoles se negarán posiblemente a creerla— es que actualmente se celebran más corridas de toros que nunca; que asisten a las mismas mayor número de espectadores que en cualquier otro momento de los tres largos siglos de la tauromachía moderna; que movilizan anualmente muchos millones de millones de pesetas y que —nos agrade o nos disguste— alquietan considerable influencia —falsa o nefasta, que esta es otra cuestión que no voy a dis- curir aquí— en el ánimo del pueblo que crea el espectáculo a imagen y semejanza suya, con sus propias virtudes y sus propios defectos. Es posible que alguien juzgue exagerado cuanto afirme en las líneas precedentes. Para convencerle de que no es así, basta señalar que en el pasado año de 1977, cuando no está en activo ninguno de los llamados "menestros" y el país atraviesa una grave crisis econó- mica, se celebran en España 536 corridas de toros —caso el doble que los partidos oficiales de fútbol jugar- dos en el mismo tiempo por los 18 equipos de Primera División, a los que asisten entre cuatro y cinco mi- llones de personas. Aparte de estos denominados festos mayores, se celebran en la misma temporada un número aproximado de novilladas y corridas de rejoneo y doble como mínimo de bescarradas, capas, encierros, charreadas y espectáculos musicales-taurinos. (A quienes consideren estas cifras, como prueba de decadencia habrá que indicarles que en la época de la de- riva de la competencia entre Josel- to y Belmonte no llegó a organizarse ningún año ni a la mitad de los feestjes actuales. Y a cuantos crean en el error de suponer que existe un abismo entre la cabida de los esta- dos y las plazas de toros, con- vendrán indiscutir que los 337 co- sos taurómicos existentes en Es- paña tienen en conjunto un aforo muy superior a de todos los cam- pos de juego de los equipos espa- ñoles que militan en Primera Divi- sión.)

Pero una vez señalada la impor- tancia que los toros continúan teniendo en nuestro país, conviene subrayar que aunque sea la corrida actual versión popular de las viejas tauromaquías —la señorita agua representada por el rejoneo— la fies- ta ha sido dirigida y gobernada siempre por elementos cortesanos, aristocráticos y capitalistas. Si el espectáculo depende en un princi- pio de las Reales Maestranzas y de las Juntas de Hospitales, en él ejer- cen, sucesivamente su influencia hegemonía los gobernantes, los ganaderos y los empresarios. Los toreros —únicos elementos de clara extracción popular en el mundo taurómaco— jamás tuvieron mandato efectivo en ella, aunque alcanzaron tanta fama y celebridad como Cos- tillasses, Cachoires, Belmonte o El Cordobés. ¡Y esto, que fue verdad en todos los tiempos, lo continúa siendo ahora. Actualmente los to- ros están controlados y dirigidos por grupos financieros que utilizan en su explotación los más típicos procedimientos del monopolismo capitalista. Cuatro organizaciones industriales —que son, además de arraigadas en las plazas más im- portantes, dueñas de diversas ga- narías y "exclusivistas" de los to- reros famosos— organizar en 1977 cerca de la mitad de las corridas ce- lebradas y obtienen beneficios ne- tos que superan los cuatrocientos millones de pesetas.)

Inevitablemente parece señalar que esos grupos aristocráticos y capita- listas que son el hilo condutor de los siglos en la dirección y mando efectivo de la que algunos continúan denominando nuestra Feria Nacional, no sienten la menor sim- patía por los regímenes, las ideas o los partidos liberales, progressistas o proletarios; fieles a sus intereses económicos o clásicos, defienden lógicamente sus ganaderías y conservadoras. El hecho carecía de toda trascendencia si como dicen a todas horas no existiera esa mínima rela- ción existente entre los toros y la política; la tiene, y cuando la realidad cotidiana nos demuestra que ninguna ac- tividad ni espectáculo multitudiná- rio deja de influir en la vida pública de cualquier país. Si los deportes han sido utilizados como adormide- ra popular o arma de propaganda de las dictaduras más diver- sos tipos, algo semejante puede su- ceder con los toros. O, para ser más exactos, hay un aspecto que constituye razón sobrada para que no los desestemos de cuanto acontece en su ámbito.

En la primavera inolvidable y trágica de 1936 estalló inesperada- mente un virulento conflicto tauri- no, que vino a unir en muchos mados que en aquellos momentos alteraban la paz pública. Sin razón legal ni moral aparente, un grupo de afamados matadores de toros declararon un cerrado boicot a los toros moros-canarios. En el mes de mayo y Junio de dicho año —semanas después del triunfo elec- toral del Frente Popular y semanas antes del estallido de la guerra ci- vil— proliferaron los escándalos en los cosos taurinos, donde era fre- cuente la suspensión de un festejo cuando los espectadores estaban ya en la plaza, la detención de diestros que, al no tener gente de luces para ser puestos en libertad a la mañana siguiente y la interven- ción de la Policía en el incidente para disolver a los aficionados irritados por no ser celebrada la corrida que habían ido a presenciar.

Público, lleno de todos los tonos y por todos los protagonis- tas que se trataba exclusivamen- te de un conflicto laboral movido por la falta de reciprocidad de las autoridades mejicanas para la ac- tuación en su país de los diestros españoles. Unánimemente se negó que los hechos tuvieran la menor relación con la situación política del país, aunque contribuyan inunda- damente a intensificar la confusión reinante. Sólo más tarde, en plana contienda no declarada y con el tiem- po después de concluida ésta, se re- conocieron por los interesados que el boicot a los toros moros canal- nos fue parte de una vasta conjura política encaminada a desacertar y desacreditar el gobierno del Frente Popular y crear una tensión pública que justificase en parte lo que desgraciadamente no tardaría en suceder.

Si tenemos en cuenta este leja- no y posible precedente, debemos encoger el hombro y no desprecios ante los escánda- los taurinos de la primavera de 1978:.